

LO QUE FUE Y LO QUE NO SERÁ

Como hacía calor, Pedro no apareció por el café hasta la tardecita, cuando el sol ya no pegaba en las ventanas y todo el salón parecía un refugio fresco y semioscuro. Caminó distraído hasta su mesita del fondo, sin reparar en las señas inequívocas del mozo: su mesa estaba ocupada.

Lo miró a José, como exigiendo el cambio, y el dueño le devolvió un movimiento imperceptible de cabeza: no había caso, pero lo habían intentado. Pedro retrocedió unos pasos confundido y cayó sentado en la primera silla que encontró su desandar.

El mozo le traía ya su cortado liviano con pepitas de membrillo, como siempre, y él lo devolvió. Si había que cambiar de mesa, que cambie también todo lo demás. Se pidió uno con crema espumosa, medio tostado –jamón y queso- y un exprimido de naranja. Y mientras esperaba, ensayó alguna explicación.

Era evidente que la pareja que ocupaba la mesa –ella morocha, más de treinta, bien arreglada; él informal, bastantes canas, nervioso- no eran clientes. Todo el mundo sabía que esa mesa era la suya, y al que no lo sabía el mozo gentilmente le indicaba la existencia de una reserva previa. Entonces, ¿por qué?

Parecía claro que esta vez el mozo ni siquiera había participado del ritual; tan firme aunque disimulada fue la seña del dueño. No pudo evitar además darse cuenta de que los dos intrusos hablaban su idioma pero con un acento extraño. No como el extranjero que aprende un idioma sino al contrario, como el nativo que lo desaprende a fuerza del exilio. Además, los acentos eran diferentes. Ella hablaba con consonantes fuertes, con las vocales perdidas entre golpes de “pes” y de “kas”. Él aspiraba letras y hasta palabras enteras parecían entrar a su faringe ni bien habían salido los fonemas de su boca. Alemán y árabe, jugueteó Pedro como falso lingüista.

Lo cierto es que era ya imposible para Pedro substraerse a los vaivenes de la charla. Y aunque el ruido del aire acondicionado cuando arrancaba, el ir y venir de otros clientes al baño, y el arrastre de silla de un ocasional obeso que se acomodaba repetidas veces a la mesa; aunque todo conspiraba para que las palabras se perdiesen lo suficiente como para adivinar alguna historia, Pedro entendió clarito la sentencia de ella:

- “Si no nos damos un hijo esto se termina acá”

A Pedro se le contrajo el estómago, se le encorvó la espalda al escuchar aquella frase.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Dónde andará Binhita? Su corazón latía fuerte.

Después de un matrimonio de algunos meses con una mujer y una convivencia de algunos años con otra; ambas frustradas por diversas circunstancias; Pedro había aprendido a ser feliz con la persona más dulce que jamás hubiera conocido. Ella era una morocha de pelo enulado, casi llegando a los cuarenta pero con una piel que desmentía su edad. Vivía por y para ser maestra, era una pluridocente si es que cabe la palabra. Por las mañanas, maestra jardinera; por las tardes, profesora de ciegos; por las

noches de portugués. Y aún así ella estaba presente para el mimo, la caricia, la charla, los juegos, el sexo y la lectura. Ella irradiaba felicidad. Saltaba alrededor de Pedro, como jugando con un niño, y por las noches era la mejor de las amantes.

Durante más de un año la dicha fue perfecta. Hasta que ella propuso convivencia y Pedro se le encendió la luz de alarma: recién salía de siete años de historia compartida cuando la conoció a Binha (se llamaba Gabriela pero él la bautizó con ese apodo brasileño). En realidad, Pedro había dejado a su pareja anterior cuando se dio cuenta que la felicidad estaba en esa mujer que siempre parecía ser feliz.

Pedro tenía un hijo además; un preadolescente que nunca había aceptado compartir a su padre con ninguna. Esa era su versión, sus tiempos exclusivos como hijo. Y a pesar de todo, estaba dispuesto a intentar de nuevo ser dos y a veces tres en una casa.

Fue así que Binha se mudó, y aún sobrellevando los chispazos con el pibe, se fueron consolidando con el tiempo. Hasta que ella le pidió un hijo.

Nunca antes habían hablado del tema, absorbidos por la felicidad que tenían. Y en ese momento se dieron cuenta de lo lejos que estaban. Es que él ya estaba disfrutando de sus propios tiempos, las libertades que da haber pasado la etapa de dependencia total de un hijo hacia sus padres, y sabía que no iba a poder dedicarle todo su tiempo y su paciencia a un nuevo hijo. Ella no los tenía, y su felicidad completa se cerraba siendo madre. No había punto intermedio, y el tiempo y la edad de ella hacían que el tema fuera el único asunto de disputa entre ambos. Él había ofrecido – tontamente- primero sobrinos y después perros, pero la furia contenida de ella le indicaba que no había caso.

Así que un día él, desde la cama, le dijo que tenía que irse de la casa. Con dolor le hizo entender que nunca iba a ser feliz completamente. Que lo que ella más ansiaba él no iba a dárselo, a pesar de que la amaba.

Ella juntó todas sus cosas. Él cargó el auto hasta el tope de ropas y objetos de vida compartida. La ayudó a bajar los bolsos en la casa de sus padres. No la vio nunca más.

Pedro, sentado ahora en una mesa que no es la suya, oyendo una conversación que tampoco es propia, no pudo evitar una lágrima. Porque al año de separarse su único hijo murió de forma inesperada. Pedro era huérfano de hijos. Del que tuvo y del que no quiso.

Se levantó sin pagar, y sin mirar al dueño. No volvió nunca a su mesa. Ni tampoco al bar.